

**MENDOZA, ARGENTINA. EL TERREMOTO DE 1861 COMO DISPARADOR DEL CAMBIO DE REPRESENTACIÓN SOCIAL DE LA IDENTIDAD DE UNA CIUDAD AL PIE DE LOS ANDES / Mendoza, Argentina. The earthquake of 1861 as a trigger of the change of social representation of the identity from a city on the foot of the Andes / Mendoza. Argentina. O terremoto de 1861 como acelerador do câmbio de representação social da identidade de uma cidade ao pé dos Andes**

**Jorge Ricardo Ponte**

Doctor en sociología [E.H.E.S.S. de París] y arquitecto en la unidad “Ciudad y territorio” del Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales - INCIHUSA-CONICET y del CRICYT-Mendoza. correo electrónico: rponte@lab.cricyt.edu.ar

Este artículo ofrece resultados de la investigación: *La modernité à Mendoza (Argentine). Ville, conflits et valeurs vus à travers la presse [1885-1910]*.

**Abstract**

The definition of a town's identity is a contemporary problematic. The process of economic globalization, far from devastating with the regional or national particularities seems to have exacerbated them. For that reason, to look for the bases of the national or regional identity in the present forces to be dig in our own history to try to find out the real or mythical origins of the same one. But the identity is not an easy or univocal concept or of an immediate apprehension. It was neither in the past nor in the present. For that reason, this article aims to introduce the problematic of the identity from the theory of the social representations and as case applied to the City of Mendoza, Argentina.

**Key words:**

Social representations, Identity, Colonial period, XIX century, City of Mendoza.

**Key words plus:**

National identity, Mendoza - Argentina, province

**Resumen**

La definición de la identidad de los pueblos es una problemática de absoluta vigencia contemporánea. El proceso de globalización económica vigente, lejos de arrasar con las particularidades regionales o nacionales parece que, en cambio, las ha exacerbado. Por ello, buscar las bases de la identidad nacional o regional en el presente, obliga a remitirse a la propia historia para tratar de escudriñar los orígenes reales o míticos de la misma. Pero la identidad no es un concepto unívoco o de fácil e inmediata aprehensión, ni en el presente, ni en el pasado. Por ello, este artículo apunta a presentar la problemática de la identidad vista desde la teoría de las representaciones sociales y como caso aplicado a la Ciudad de Mendoza, Argentina.

**Palabras clave:**

Representaciones sociales, identidad, período colonial, siglo XIX, Ciudad de Mendoza.

**Palabras clave descriptores:**

Identidad nacional, Mendoza - Argentina: provincia

**Resumo**

A definição da identidade dos povos é uma problemática vigente. O processo da globalização econômica atual, longe de arrasar com as particularidades regionais ou nacionais parece que, ao contrário, as exacerbou. Daí que procurar as bases da identidade nacional ou regional no presente leva a remitir-se à própria história para tentar esquadrihar as origens reais ou míticas da mesma. Mas a identidade não é um conceito unívoco ou de fácil e imediata apreensão. Nem no presente e também não no passado. É por isto que o artigo procura apresentar a problemática da identidade analisada desde a teoria das representações sociais e como caso aplicado a Mendoza, Argentina.

**Palavras-chave:**

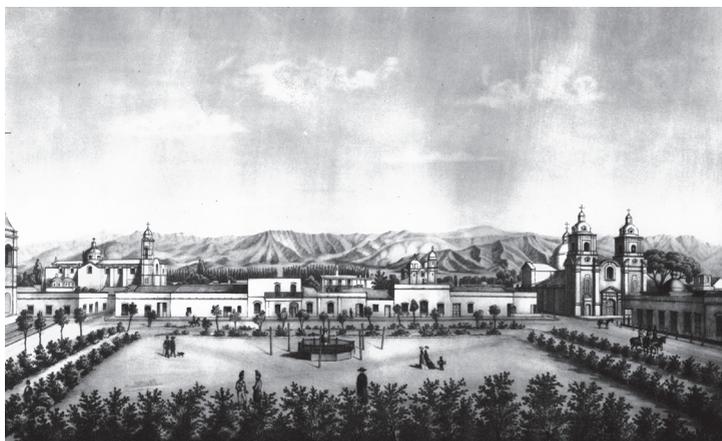
Representações sociais, identidade, período colonial, século XIX, Mendoza.

## I. La identidad como proceso de construcción cultural

El espacio urbano es un producto cultural, históricamente construido, tanto en lo material como en lo social, que da cuenta, asimismo, de un espacio simbólico donde se expresa también la tensión social. Así entendido, si se quiere, puede ser el espacio también un “texto” desde donde leer al territorio. Como el espacio no es neutro, sino que está cargado de significados históricamente determinados, como línea de investigación nos interesa develar la construcción de lo territorial (lo urbano y lo rural) y, al mismo tiempo, la armazón de sus aspectos simbólicos.

Por otro lado, uno de los argumentos a los cuales se suele recurrir para sostener la necesidad de conservar el patrimonio arquitectónico o ambiental de una ciudad es vincularlo a la preservación de su *identidad*. Hay múltiples posibilidades de abordar el concepto de *identidad*, aquí particularmente nos interesa hacerlo desde la categoría de las representaciones sociales.

Según la teoría de las representaciones sociales<sup>1</sup> la *realidad* no existiría como tal, sino que siempre sería una representación de un grupo de individuos. Así, por ejemplo, *ésta* no sería nunca aprehensible como tal, sino que siempre se nos mostraría como una representación de dicha realidad, forjada en la mentalidad de un determinado grupo social. De allí que, hablar de identidad, desde esta categoría de análisis, sería hablar de las representaciones sociales de dicha identidad. Ésta, en tanto funciona como una representación social de un grupo social nos permite comprender y explicar esa realidad a través de la visión compartida que presenta un grupo. Esta representación no sería un simple reflejo de lo que se entiende por realidad, ni mucho menos una *imagen* (a la que se suele asociar erróneamente la noción o categoría de representación social), sino que funciona como una organización significativa que depende de varios factores, a saber: *las circunstancias que rodean la elaboración de la representación; el contexto histórico o político en el cual aparece; la finalidad de su expresión; el contexto*



Vista de la ciudad previa al terremoto de 1861 según la litografía de Göring (1858)

*social; el contexto ideológico; el lugar de los individuos emisores de la representación en la organización social; la historia de los individuos emisores o la historia del grupo que la promueve; el juego social en el que estos grupos están inmersos, etc.*

Nunca las representaciones, por así decirlo, aluden a su condición de tales. Sus promotores y divulgadores las muestran como “la realidad”: objetiva, desideologizada, apartidista, etc. Por ello, se las asocia intencionalmente al “sentido común”. Al presentarlas como “obvias” pretenden *naturalizarse* como el *saber común* (o ingenuo). Nadie está en contra de que existan representaciones sociales, es más, son inevitables y hasta suelen ser muy útiles, de allí su importancia. Funcionan como un *bypass* que nos permite entender aquello que no podemos conocer de manera directa o personal. Por ello se dice que las representaciones sociales son un *pre-juicio*, no en el segundo sentido que le da el Diccionario de la Lengua Española, de: *Opinión previa y tenaz, por lo general desfavorable, acerca de algo que se conoce mal*; sino en la primera acepción que es la de prejuizar: *Juzgar de las cosas antes del tiempo oportuno, o sin tener de ellas cabal conocimiento*. (RAE, 22da. Edición).

En tal carácter, las representaciones permiten a los distintos actores sociales adquirir conocimientos e integrarlos en un marco asimilable y comprensible en relación con sus funciones cognitivas y con los valores a los cuales ellas adhieren. Su

1 S. Moscovici, “Des représentations collectives aux représentations sociales”, *Les représentations sociales*, ed. Denise Jodelet (París: Presses Universitaires de France, 1989).

significación varía según el contexto discursivo en el que son emitidas y divulgadas. Su máxima aspiración es hacer funcionar algo que es cultural, es decir, construido, como algo que está en la naturaleza misma de las cosas. Pero esta presunta “naturalidad” es tan distante de la realidad como lo puede ser cualquier otra representación.

La representación social –como *a priori* que es– determina los comportamientos de los individuos de una sociedad y, como cada grupo social tiene una identidad fijada como modélica: *los tradicionalistas, los iconoclastas, los modernos, los progresistas*, etc.; y cada quien pretende que el conjunto de la sociedad haga suya su propia representación de la identidad; se verifica entonces, en el campo social, una puja por el poder que no es homologable al concepto de lucha de clases. Precisamente, la teoría de las representaciones sociales aparece ante la caída de los paradigmas que postulaban las condiciones materiales de existencia como determinantes de la forma de interpretar la realidad.

Suele no tenerse conciencia de la existencia, en el seno de la sociedad, de diferentes luchas de representaciones sociales sobre diferentes temas, entre ellos, el de la identidad. Así, muchos académicos creen que, el hecho de estar en un determinado nivel científico, los excluye de los riesgos de estar percibiendo lo real desde la óptica de una determinada representación social, sea ésta científica o académica, vulgar o ingenua. En decir, la presunción de la *realidad objetiva*, pero esta vez de la mano de la ciencia y, como tal, estaría en contra de verse a sí misma como un *pre-juicio*, es decir, como una representación.

Las representaciones sociales no son un problema ético. No existen *buenas* o *malas* representaciones. Tampoco están al servicio de ninguna teoría conspirativa. Son un síntoma, no son la enfermedad. La lucha de representaciones no es, la mayoría de las veces, algo explícito, y la misma no se homologa a otro tipo de luchas (de clases, política, etc.). La representación social que se sostiene como propia es sentida como “tan real”, que no se lucha por mantener una situación de poder o de privilegio, sino por una manera de interpretar lo real.

Las representaciones sociales tienen múltiples aplicaciones y utilidades, entre ellas está la posibili-

dad de definirnos y diferenciarnos ante los demás (otras sociedades, otras comunidades, otros países, etc.) como también de construirnos a nosotros mismos como individuos y como grupo, forjar nuestros puntos en común, nuestras preferencias y moldear la autoestima de nuestro grupo de pertenencia. En nuestra opinión, se trataría de un proceso en permanente dinamismo, aunque cabe aclarar que no todos entienden la construcción de la identidad como un proceso dinámico sino, al contrario, como algo estático y modélico y en ese carácter “reacciona” ante posturas desarticuladoras como la que enunciamos en este artículo.

En efecto, esta idea de presentar a la identidad como algo *inasible* va a contrapelo de la representación de la identidad que tienen determinados grupos sociales, para quienes la identidad *nacional*, por ejemplo, es algo fijo y permanente, un proceso estático o inmutable. De allí que estos sectores hablen de un *ser nacional* o de una *identidad nacional* como algo *modélico* a lo cual hay que ajustarse y al cual apelan recurrentemente en su discurso, un camino al que siempre habría que retornar. Por eso se entiende que se escuche a estos grupos decir, respecto de la sociedad contemporánea, que ésta “*habría perdido sus valores*”. ¿Cuáles? Obviamente, los establecidos “*a priori*” como caracterizantes de una determinada identidad fijada como constante.

Normalmente, la construcción de las efemérides patrias de una comunidad, el culto a los héroes nacionales, lo patriótico en general, etc., está teñido de representaciones sociales que son promovidas por un grupo interesado que trabaja para imponerlas al resto o al conjunto de la sociedad. Argumenta o sobre-argumenta respecto de ellas, según corresponda o convenga hacer. Estas gestiones, por más intensas que sean no garantizan, por cierto, el éxito o la difusión de una representación deseada o *deseable*.

Las representaciones sociales recogen, producen y reproducen una situación pensada para un auditorio. No escapa a esta lógica que una de sus funciones es precisamente argumentar y convencer, característica que está implícita en cualquier representación social. Por ello se equivocan quienes creen que estas manifestaciones que

involucran festejos afectivos, como por ejemplo el día del padre o de la madre (que obviamente son también oportunidades económicas), pueden obligarse por legislaciones estatales. Así no funcionan o trabajan las representaciones sociales. Éstas actúan por convencimiento y por generación de consensos.

Según la visión o representación esencialista, la identidad nacional habría sido obra de los padres de la patria y ellos la habría forjado, en los tiempos fundacionales de la nacionalidad, de una vez y para siempre. Según tal postura o representación, a nosotros lo único que se nos permitiría sería sostenerla, insistir sobre la misma, pero nunca cambiarla. Porque de hacerse así se la estaría desdibujando, falseando, cuando no traicionando la identidad. En este proceso ha funcionado la estructura del mito que afirma que: *los mitos son construcciones hechas en el presente que se remiten hacia el pasado para que vuelvan como historia.*<sup>2</sup>

Las representaciones sociales son una guía para la acción y orientan las relaciones sociales. En efecto, no sólo nos sirven para definirnos y diferenciarnos ante los demás, sino que también nos condicionan en tanto comenzamos a actuar tal como ésta prevé, más allá de nuestros propios impulsos. Si tenemos la representación de vivir en una *ciudad alegre* no nos permitiremos *no estar alegres* ya que ese estado es lo que se espera —la representación espera de nosotros—.

Como decíamos anteriormente, las representaciones sociales son un pre-juicio (es decir, un juicio previo), están instaladas por “default” y es a lo primero que recurrimos cuando debemos emitir una opinión o debemos tomar una decisión. Por eso se afirma que éstas son un sistema de precodificación de la realidad. Integran a la vez lo racional y lo irracional. Cuando quienes sostienen o interpelan una determinada representación social están expuestos y deben luchar contra las otras que son hegemónicas, apelan a toda suerte de argumentos racionales contenidos dentro de la propia representación que les sirven para deteriorar, minar, debilitar o directamente hacer caer a la que esté vigente. Pero, las representaciones no sólo son una batería de argumentaciones, también dan cabida o contienen elementos

irracionales que no pueden explicitarse pero que, a veces, sirven para dar cohesión al grupo de pertenencia, al grupo sostén de la misma.

Las representaciones sociales definen la identidad del grupo y juegan un rol importante en el control social ejercido por el colectivo sobre cada uno de sus miembros, particularmente, en el proceso de socialización. Éstas se estructuran y se comunican independientemente del medio o de la tarea por emprender; porque no necesariamente éstas representan a lo real.

Por cierto que las representaciones sociales jamás son presentadas como tales sino que, muy por el contrario, algunos, en forma ligera, las presentan directamente como “la realidad” y pretenden que se las considere como tal. Por ello, la lucha de representaciones sociales nunca cesa. Las componentes extrañas a la representación social del grupo son detectadas y vistas como los anticuerpos que reaccionan frente a lo “otro”, a lo diferente, a lo ajeno, protegiéndola así de posibles cambios que puedan desnaturalizarla. Y como el círculo, funciona reproduciéndose a sí misma y a sus dirigentes o sostenedores.

La institución de la que se trate resiste el embate que nuevas representaciones sociales tienen sobre el tema o motivo que la convoca, la une o justifica su existencia. Lo hará hasta que una nueva conducción política proponga un reemplazo de personas y de mentalidades y, a su vez, una nueva representación sobre dicho tema o problemática se instale, luego se anquilese, luego se reproduzca, etc. El objetivo de ésta es, claramente, el de salvaguardar una imagen positiva de su propio grupo de pertenencia y trabaja permanentemente para ello. Se puede verificar la acción puntual de determinados individuos que, a manera de francotiradores bombardean (criticándola, burlándose, desacreditándola, etc.) la representación social vigente que, en la práctica, niega el valor al que adscriben los nuevos cuestionadores, quienes luego serán los conservadores de la que logren imponer.

## II. Las representaciones sociales sobre lo urbano

Si bien en muchos aspectos la identidad está pre-fijada como modélica, ya sea para una ciudad o

2 César Lorenzano, *La estructura psicosocial del arte* (México: Siglo XXI, 1982) 83.

para una sociedad, y puede ser cuestionada como representación, también es cierto que existe otra identidad fijada por la evolución histórica, por su propia materialidad, por los testimonios tangibles que subsisten de épocas pasadas, así como por el resultado de las prácticas sociales que en ella se desarrollan o se desarrollaron.

Es evidente que en la toda ciudad existen trazas antiguas, tanto en lo material como en las prácticas sociales, que remiten a la formación de la identidad, pero no todos las advierten y menos aún las decodifican de manera análoga, de allí que se comprenda que sean válidas para estas representaciones las generales de ley. Esto, a primera vista, parecería ir a contrapelo de la identidad como representación social, ya que existiría otra identidad “fijada” en el campo de la materialidad de la ciudad. Pero, aunque esta identidad “objetiva” pueda existir, podría “no verse” o valorarse, precisamente por los impedimentos que suelen anteponer *las representaciones sociales* en tanto funcionan como filtros de lo real. Este sistema de tamiz, o de no visualización de la materialidad de la identidad, hace que se deba trabajar o insistir permanentemente sobre lo que está ahí *pero que el otro no ve*. Este no ver, a veces es un *no querer ver*, porque se afectan intereses o proyectos políticos, económicos o inmobiliarios que no se quieren tocar o afectar.

Por otro lado, puede darse, y de hecho así ocurre, que sí se advierten estos testimonios materiales de la historia, pero se tiene de ellos una valoración diferente respecto de la conveniencia o no de hacerlos perdurar o conservar. Es en estos casos donde advertimos entre los heterogéneos actores sociales (las elites entre sí, las elites y los sectores populares) diferentes *luchas de representación*, pujas políticas y de representación que tienden a comandar o resistir el disciplinamiento y la jerarquización sociales.

Las representaciones sociales se producen en el seno de los diferentes grupos (colegios, profesionales, facultades de arquitectura o de ciencias sociales, asociaciones profesionales, administración pública, etc.), y tanto éstas, como las representaciones sociales sobre la identidad, se difunden a través de entrevistas en diarios y revistas, artículos de opinión, artículos científicos

y de divulgación, textos escolares, discursos de funcionarios, etc.

La crónica histórica suele dar cuenta de estas luchas de representación, ya sea de manera directa, en tanto ella misma participa como actor central de este conflicto, o como espacio de argumentación de cada una. En otras oportunidades, las controversias serán el medio que permita la vehiculización de las representaciones de otros actores sociales como son los sectores populares, marginados no sólo de la elite y de sus beneficios, sino también de la vida política activa. La sociedad no es un consumidor pasivo de ideologías, productos o insumos foráneos. No todo es manipulación económica o ideológica. Hay procesos o productos extranjeros o foráneos que nunca entraron a nuestra sociedad y parece que tampoco nunca ingresarán.

Por ello, existe en el campo social una serie de lugares comunes a los cuales se suele recurrir para explicitar la identidad o la presunta falta de ella. Esto no sería una verdad sino una apelación al recurso del *estereotipo*. Esta noción nutre y atraviesa la producción cultural contemporánea. Se trata de ideas preconcebidas sobre algo o alguien que son representaciones sociales que circulan en los textos y en las imágenes de cada época y al abrigo de las cuales nos figuramos el mundo y nos forjamos las imágenes de los otros. Los estereotipos son lugares comunes, y como toda representación social, son atajos que usamos para intentar explicar la realidad, en este caso la identidad regional. Con estos recaudos debemos entender y contextualizar las descripciones que, sobre la ciudad y los diferentes grupos sociales, han sido narradas por otros (cronistas, forasteros, viajeros, etc.) en el transcurso de nuestra historia.

La literatura, y eventualmente la prensa, no expresan directamente una representación social sino que la *describen* en sus páginas, artículos o crónicas. Fija, de alguna manera, estos intentos de estabilizar en el tiempo ciertas representaciones y facilitar así su difusión. Estudiar históricamente la relación entre literatura e identidad es estudiar estos textos como descriptores de distintos momentos e intentos de establecer pautas de dicha identidad, de dicha representación, más allá de los valores literarios intrínsecos que dichas obras

puedan tener. Es decir, las obras literarias valen por sí y también valen como vehículos de representaciones sociales de su tiempo, del grupo al que pertenecían, etc. La literatura (o la prensa) no forja identidad por el sólo hecho de existir sino cuando hace parte de una estrategia social de cambio de representación.

### III. El terremoto como disparador del cambio de representación social

El terremoto de 1861 destruyó a la tricentenaria Ciudad de Mendoza (1561), siendo esta calamidad la peor sufrida por cualquier ciudad argentina en su historia. La tragedia sobrevino en un momento particularmente significativo para el desafío cívico que suponía la *organización nacional* del país y la provincia a partir de la sanción de la Constitución Nacional de 1853.

Algunos de los viajeros europeos que pasaron por la Mendoza de antes del terremoto de 1861, no describieron a la ciudad ni a sus pobladores en los mejores términos. En el verano de 1848, un viajero inglés llamado Robert Elwes sentencia que: “*Caminé por todo Mendoza y pienso que nunca estuve en un lugar tan aburrido en toda mi vida*”.<sup>3</sup> Inclusive hasta el mismísimo Charles Darwin, de paso por estas tierras, dijo de ellas en 1835:

*En mi opinión, el aspecto de la ciudad es de estúpido abandono. Ni la ponderada Alameda ni el paisaje son comparables con los de Santiago; pero para los que llegan a Mendoza procedentes de Buenos Aires, después de cruzar las monótonas y uniformes Pampas, forzosamente han de resultar deliciosos los jardines y huertos*<sup>4</sup>

Otros, como el capitán inglés Francis Bond-Head, en cambio, destacaron el carácter negligente de los mendocinos: “*La gente, sin embargo, es indolente en extremo...*”.<sup>5</sup> John Miers, comerciante inglés que tuvo mala fortuna en estas tierras, cuenta en 1826 en sus crónicas de viajes: “*¿Qué indolentes son estos mendocinos! Viven casi en la miseria y están*

*rodeados de abundancia. (...) Los mendocinos, por lo general, son gente orgullosa, intolerante y reaccionaria*”.<sup>6</sup>

La elite mendocina en conocimiento de esta reputación (representación), que también circulaba sobre Mendoza, aprovechó la tragedia sufrida para efectuar un cambio de representación de dos aspectos que habían caracterizado, a su juicio, a la ciudad y a la sociedad preterremoto: **la fealdad de la ciudad y la negligencia de su gente**. El objetivo por el que se trabajó en las siguientes décadas fue el de asociar a Mendoza con una “*ciudad linda y de gente laboriosa*.” Es decir, la generación política liberal que encaró la reconstrucción económica y urbana de Mendoza a partir de 1863, luego del terremoto, se propuso expresamente no sólo hacer una *nueva ciudad* sino también una *nueva sociedad*, tal como lo expresara en la Legislatura local el joven gobernador Carlos González Pinto: “*...los mendocinos podemos lisonjearnos de habernos levantado casi transformados de nuestro anterior modo de ser*”.<sup>7</sup>

La primera manifestación del querer *borrar* la ciudad antigua fue el plano del llamado *Pueblo Nuevo de Mendoza* (1863) que ignoró la ciudad preterremoto, a punto tal, que en el proyecto ni siquiera se dibujó la antigua traza, como si no existiera. Obviamente esta utopía de ignorar la *Ciudad Vieja* no podía prosperar, porque a pesar de estar llena de escombros, sus casas derrumbadas y perdida la alineación de sus calles, estaba plena de vida, precisamente por las clases humildes. En 1872, fecha del siguiente plano de la ciudad ya aparece incluida la *otra ciudad* junto a la *nueva*. Ello no obstó para que desde el gobierno municipal y provincial se priorizara la *Ciudad Nueva* mediante la construcción de escuelas y edificios públicos, nacionales y provinciales en el ámbito de la nueva traza. Todas las políticas públicas de este período están impregnadas de esta contradicción.

### IV. La catástrofe como oportunidad

Sarmiento, al describir los temblores en el vecino país de Chile, interpreta que el terremoto cumple

3 Edmundo Correas, “Mendoza vista a través de viajeros”. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, Segunda Época, 2:7 (1972): 563.

4 Correas 561.

5 Fernando Morales Guíñazú, cita a Francis Bond Head, “Historiadores y Viajeros (Cómo nos han visto)”. *Anuario correspondiente al año 1940*. *Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (1944) 527.

6 Correas 551-552.

7 José Luis Massini Calderón, *Mendoza hace cien años* (Mendoza: Ediciones Teoría, 1967) 187.



Avda. San Martín, la principal de la ciudad, hacia 1940

también una función positiva en tanto desmantela el espacio tradicional, posibilitando la reorganización y modernización de las ciudades afectadas.<sup>8</sup> Ramos advierte en varios escritores *modernistas*, desde Sarmiento hasta Martí, esta adscripción a la metafórica del desastre. [Éste]

*...podrá ser un fenómeno natural, externo al discurso; su representación, sin embargo, transforma el acontecimiento en condensación de los diferentes significados que el “caos” —el peligro, el desorden— puede tener en una coyuntura dada. A lo largo del XIX (por lo menos) la catástrofe es lo otro por excelencia de la racionalidad. En su extremo, condensa el peligro del “caos” revolucionario.<sup>9</sup>*

Sin embargo, en la visión *sarmientina* de la historia “la catástrofe no constituye una fisura insuperable. Por el contrario, la catástrofe registra el punto de una nueva fundación a partir de la cual adquiere impulso el devenir del progreso”.<sup>10</sup> Otros escritores *modernistas* como Martí asignaron un carácter emblemático al desastre natural, como contrario al orden deseado, aunque reconocen su carácter paradójico en tanto obliga a la ciudad a volver sobre sus orígenes, a replantearse el retorno a un

inicio, a veces mítico. La literatura, la crónica en este caso, tendría por estrategia legitimar el proceso de “*Inventar la tradición, el origen; “recordar” el pasado de la ciudad, mediar entre la modernidad y las zonas excluidas o aplastadas por la misma...*”.<sup>11</sup>

En Mendoza, el temor a los *temblores y terremotos* ha perdurado dentro de la conciencia popular en parte por el terror que presupone *la vuelta al caos* (la *desorganización nacional*, el vandalismo, la falta de previsión, la inseguridad jurídica y patrimonial que presupone la catástrofe, etc.). Un caos que no sólo es material sino que se expresa también en el campo del imaginario social, como la pérdida de los valores de la *civilización* de la cual la ciudad sería su expresión más acabada. Es en la ciudad donde el terremoto (caos) puede provocar más daño ya que la construcción de lo político, de lo moderno, en suma, de lo civilizado, parece ser aquí una unidad precaria de significación. Conservar no sólo es una actitud dictada por la prudencia sino que, traducida en términos políticos, ha consolidado una sociedad con altos valores de adhesión a posturas de *mantenimiento del statu quo*.

La *retórica del desastre* ha sido utilizada en Mendoza no sólo para prevenirse de los sismos telúricos sino para prevenirse de los cambios abruptos, en lo político y en lo social. En este sentido la tendencia local a la construcción de *íconos* políticos y sociales por *conservar*, tienden a expresar la característica mendocina de propiciar una adaptación a los modelos de la modernidad por agregación y no por ruptura.

Es de imaginar que, con las características de la Mendoza colonial y de su material de construcción, pueda entenderse el impacto que significó el terremoto en esta *ciudad de barro*. La ciudad colonial quedó reducida a una informe mole de escombros<sup>12</sup> prácticamente irrecuperables. Montículos de adobe y paja por doquier que con las lluvias y las acequias de riego y de provisión de agua potable para consumo de la población, desbordadas y perdidos sus rumbos, convirtieron los

8 Domingo F. Sarmiento, “Los temblores de Chile (1851)”, *Obras Completas*, vol. 1 (Buenos Aires: 1900) 347.

9 Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989) 124-119.

10 Ramos 119.

11 Ramos 120.

12 Las primeras fotografías que se conocen sobre la ciudad de Mendoza son precisamente las tomas que se hicieron a propósito del terremoto de 1861. La curiosidad del terremoto hizo que inclusive viniera un fotógrafo de la vecina ciudad chilena de Valparaíso para tomar fotografías de escenas del posterremoto y de la ciudad destruida.

antiguos solares urbanos primero en inmensos lodazales y luego, al secarse, en montículos de tierra y polvo. Todo lo que podía recuperarse: tirantes de madera para los techos, baldosas, puertas, ventanas y carpinterías en general, fueron recuperados por los antiguos habitantes o directamente saqueados por intrusos para reutilizarlos. Si otro hubiera sido el material de construcción, podrían haber quedado vestigios más impactantes de la ciudad destruida. Así, como si hubiera sido una escenografía de *quita y pon*, la ciudad antigua desapareció dejando en su lugar otra vez al barro.

Esta pérdida de la imagen construida dio pie a que, cuando posteriormente, se hicieran referencias o descripciones de la ciudad preterremoto se pudiera exagerar a voluntad sus calidades, tanto en su desmedro como en su exaltación. No existía en Mendoza esa especie de foro romano que pudiera hablar de un pasado de esplendor. Las únicas ruinas que se conservaron, porque eran de ladrillo, fueron las de la antigua iglesia de los jesuitas, conocidas como *ruinas de San Francisco* en alusión a sus últimos ocupantes antes de la catástrofe<sup>13</sup> y las llamadas *de San Agustín* que les eran próximas.

Hacia fines del siglo XIX va a comenzar la construcción de un imaginario social de la ciudad desaparecida que atendía a la necesidad de atar el presente de fin de siglo con el pasado colonial, y en esta construcción mental podemos advertir la deliberada intención de mejorar, en la crónica, la calidad de la Mendoza colonial y reemplazarla, poco a poco, por una representación más acorde a las expectativas de legitimación de la Mendoza moderna.

Conforme habíamos señalado, la prensa finisecular es el medio a través del cual los distintos sectores en pugna en la lucha intraoligárquica vigente, expone sus argumentaciones respecto de la conveniencia u oportunidad de la instrumentación de las políticas públicas urbanas. En este contexto debe entenderse la subsiguiente descripción que el diario *Los Andes* publica por capítulos hacia

1896. Un largo y seriado artículo sobre "*La antigua y moderna ciudad de Mendoza y su saneamiento*" cuya autoría es del médico brasileño Manoel Martins Bonilha,<sup>14</sup> quien actuaba en el ámbito privado mendocino hacia fin de siglo. Bonilha se propone (y por eso el diario opositor lo publica) intercalar en su amena descripción de la Mendoza, información parcialmente sesgada que demuestra como innecesaria la presencia y contratación del profesional higienista Coni por parte del gobierno —con el cual estaba enfrentado el periódico— y así relativizar los argumentos oficiales respecto de las malas condiciones de vida de los sectores populares.

El artículo consta de dos partes, aquella que particularmente, por ahora, nos interesa, es una descripción de la ciudad. Respecto de la ciudad preterremoto, va a confirmar las características que ya conocemos de acuerdo con el plano de 1822 y los posteriores de 1854 y 1856, que son previos al terremoto. Su aporte "*a esta tan nueva como floreciente ciudad*" consiste en agregar adjetivos de ponderación al equipamiento público existente, del que hace una enumeración, o en *mejorar* sus posibles falencias. Así respecto de la irregularidad de las calles dirá:

*...Sus calles tiradas a cordel, cortándose en línea recta, formaban regulares "manzanas" de 150 varas (330 m.) por costado; estaban ellas regularmente empedradas y con buenas aceras enladrilladas. Ocho buenas iglesias (...) y una casa de religiosas del dulce nombre de María. Bonita Casa de Gobierno (alquilada) y Cabildo antiguo; buen teatro, regular biblioteca, lindo Pasaje o Bazar, hospital y el cementerio que aún existe. La ciudad estaba bien poblada de casas, siendo algunas de dos pisos y casi todas más o menos elegantes y confortables. Las iglesias y demás edificios públicos (a excepción del Cabildo) presentaban buen gusto y hasta lujo en su ornamentación interna. Su construcción general era de adobe y ladrillo; a pesar de los techos ser de barro, el aspecto del conjunto ofrecía agradable perspectiva, en razón de que eran usados los pretiles que les daban las apariencias de azoteas. (...) [L.A., 10/4/1896]*

13 La orden de los Jesuitas fue expulsada del territorio americano por orden de Carlos III en 1767. A partir de 1782 la orden de los Franciscanos de Mendoza, ocupó el predio y la iglesia que había sido de los Jesuitas ya que con el sismo de dicho año se dañó irreparablemente el templo franciscano originario.

14 El médico Bonilha había estudiado en la actual Alemania (en la escuela de medicina de Giessen, Gran Ducado de Essen). Se había desempeñado como médico en varios países latinoamericanos y europeos. Fue también médico de la guerra del Paraguay adscrito al Ejército Argentino.

El trabajo de *decoración* que la crónica del médico brasileño Manoel Martins Bonilha hace de la *Vieja Ciudad* la hemos destacado con letra negrilla. Cuando en cambio se refiere a la nueva traza posterremoto, ya la descripción, si bien enfatiza lo estético de la misma, tiene un carácter más neutral porque se trata de algo que cualquiera puede verificar:

(...) Con 7 regulares plazas vestidas de árboles, etc., siendo la principal, de la **Independencia**, un cuadro de 250 m. de largo y 250m. de ancho, (...) está toda arbolada y ajardinada, con una pila de hierro en su centro rodeada de vistosos faroles (...); la de **Cobo** también arbolada y ajardinada, tiene en su centro un torreón con reloj de 4 horarios; (...) Sus calles son anchas, rectas y están generalmente empedradas con guijarros, y las aceras enladrilladas unas y enlosadas con cimiento [sic] romano otras. Las de la parte más antigua son de 15 m. de ancho y los de la nueva de 20, con árboles formando hileras laterales en todas las calles, las cuales tienen acequias laterales con sus puentecitos de madera.

El perímetro de todo el departamento de ciudad es de 11.420 metros; pero **puede decirse que la población está dividida en dos distintas partes, de S. al N. por la calle San Martín**, [el d. es n.] centro del comercio y la más ancha y larga de entre todas las demás; con el canal Tajamar a su lado, una antigua Alameda en su extremo N. y toda ella con dos hileras (una a cada lado) de corpulentos y frondosos álamos, que le dan un aspecto majestuoso.

La parte oriental llamada **vieja ciudad** [el d. es n.]; es compuesta de 115 manzanas de 120 varas (330 m.) por costado, inclusive sus dos plazas y los sitios morados, o no, **siendo ésta parte la más poblada de casas**. [el d. es n.] La occidental, conocida por la **nueva ciudad** [el d. es n.], tiene 64 manzanas de 120 varas de frente, inclusive 5 plazas. En ambos existían en **1876** [el d. es n.] el total de 1.400 sitios y en todo el departamento 1.442 casas; pero hoy **1896** [el d. es n.] hay 2.900 casas de familia y 700 sitios de industriales; total 3.600. [L.A.,11/4/1896]

La crónica prosigue señalando que en la parte de la *Nueva Ciudad*, están todas los departamentos y oficinas públicas: nacionales, provinciales y municipales, a excepción del hospital; y que es también el sitio donde se encuentra el mayor número de los mejores edificios y casas particulares. Asimismo destaca que en la época, las dos calles principales son la de San Martín, en la unión de

la antigua y nueva traza, y la calle Lavalle, en la porción sur de la *Ciudad Vieja*. Finalmente, y aquí creemos que se revela la intencionalidad de la crónica, destaca que: *“la ciudad es abundante de agua potable, tanto en las plazas y en muchas calles por medio de surtidores, como en las casas particulares que la reclaman.”* Este párrafo lo hemos destacado porque no sería cierto lo que afirma este médico en el periódico antagonista al gobierno. Para demostrarlo basta leer las estadísticas disponibles del período en el Censo Nacional de 1895 y luego el *“Informe del higienista Emilio Coni”* (1896).

El corolario del Informe Bonhilla que publica el diario *Los Andes* remata con que: *“Véase, pues que el progreso materialmente hablando ha seguido más o menos sin interrupción.”* [L.A.,12/4/1896] Así, el periódico adversario, por un lado publica crónicas donde dice que todo está bien y que no hace falta ningún programa de resaneamiento; y por el otro, exagera los flagelos de las malas condiciones de vida de la ciudad finisecular, cuando conviene mostrar la ineficacia del gobierno de la otra parte de la elite que dirige los destinos de la provincia.

## V. La ciudad “bárbara” y la ciudad “civilizada”

Domingo Faustino Sarmiento, escritor y político nacional de notable influencia en la segunda mitad del siglo diecinueve argentino, formalizó, a través de las categorías sociales de *civilización* y *barbarie*, el discurso civilizador que emprendió la elite dirigente a partir de la instauración del proceso denominado de *organización nacional* (1854). La visión de Sarmiento, también compartida por otro pensador político clave en la época, Juan Bautista Alberdi, es asumida por toda la elite dirigente de fin de siglo. Esta representación partía del supuesto de asociar lo español con una manifestación de *la barbarie*. Por el contrario, la *civilización* era asociada a lo europeo, entendido éste como el viejo continente excluida España, la hija atrasada de Europa. Este sentimiento que pudo tener una explicación en tiempos de las guerras de independencia perduró más allá del fin de las mismas e impregnó

todo el pensamiento de la generación dirigente liberal.

La denominada generación del 37, grupo de intelectuales integrado entre otros por Esteban Echeverría, el propio Alberdi, José Mármol, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané, Vicente Fidel López y, periféricamente, por Sarmiento, tuvo una vasta influencia en el pensamiento de las generaciones argentinas posteriores, agudizando esta reticencia por lo español: produjeron varios textos donde tratan de explicar la perniciosa influencia española, la “*mala semilla*” que habría tenido el país. El propio Sarmiento se lamenta de que la Argentina no hubiera sido colonizada por un país “*más civilizado*” que España, que hubiera podido dejar una mejor herencia al país distinta del fanatismo y la irracionalidad.<sup>15</sup> Por otro lado, habría en Sarmiento una idea determinista respecto del ambiente, la *barbarie* de la tierra, a la que le adjudicaría gran influencia sobre los modos de vida, complementada con el señalamiento a España de ser

...la cuna de la barbarie, una madre que había que expulsar y reemplazar. La idea sarmientina de que la herencia española es fuente de barbarie repite su crítica a la tierra; ambos argumentos apelan a condiciones preexistentes para explicar el fracaso.<sup>16</sup>

La *barbarie* también era el desierto y, por extensión, estaba simbolizada en la ciudad colonial que acababa de caer con el terremoto. Este fenómeno telúrico habría servido, casualmente, para cortar en forma abrupta con un pasado colonial que era preciso reemplazar con una ciudad nueva.

La Mendoza previa al terremoto, aquella *ciudad criolla* conformada en sus tres siglos de historia urbana, cayó abruptamente en una noche. La *Ciudad Vieja* permaneció llena de escombros por más de dos décadas, tanto fue así que se la llamaba “*el Barrio de las Ruinas*”. La administración municipal no ponía empeño en despejar los escombros porque quería que la gente abandonara el lugar y se emplazara en el proyectado *Pueblo Nuevo* en San Nicolás, el que había que llenar a toda costa. Pero, lo cierto es que los sectores hu-

mildes no podían reconstruir sus casas en la ciudad antigua y a la vez construir otra en la *Ciudad Nueva*. De hecho se verificó por parte de los sectores populares una verdadera resistencia pasiva a dicho traslado, presionando para permanecer en la ciudad antigua, aun a costa de un empeoramiento de sus condiciones de habitabilidad. Esta presión cívica no fue en vano ya que, a partir de 1884, las autoridades municipales se vieron obligadas a promover la limpieza de los escombros y a ir mejorando progresivamente los servicios en la vieja traza preterremoto.

En contraposición la *civilización* era la imitación de los modelos europeos, entrar sobre todo en los moldes de la *civilización* anglosajona. Si la *barbarie* era la irracionalidad, por oposición la racionalidad sería civilizadora. De allí que *lo nuevo* era la *civilización*. *Pueblo Nuevo*, *Ciudad Nueva* o *Nueva Ciudad* son términos equivalentes para designar a la ciudad posterremoto. Un llamado “*Pueblo Nuevo*” fue propuesto para la ciudad posterremoto por reconstruirse en los terrenos en poder del gobierno provincial que originariamente habían sido la hacienda *de los Agustinos* o de *San Nicolás*. Esta *finca* estaba ubicada hacia el sudoeste de la antigua traza, en terrenos más altos que la ciudad colonial y estaban dedicados, en tiempos del terremoto, al cultivo agrícola experimental en una *quinta agronómica*.

Pero lo cierto es que, tanto la población de la vieja como de la nueva ciudad, una por resistencia pasiva y la otra por políticas activas, intentaron, la primera, retener la vida en torno de la ahora plaza *del matadero* donde habían permanecido los sectores más humildes y la segunda, hacerlo alrededor de la plaza *Independencia*, hacia donde se estaban trasladando los sectores más pudientes. Ni una ni otra población pudo lograr su cometido, primero, porque respondían a dos proyectos antagónicos y segundo, porque ya en estos años de fin de siglo se estaba produciendo, de la mano de la dirigencia nacional y provincial, la entrada de Mendoza en la *modernidad* finisecular y otro sería el modelo de ciudad deseable que se consolidaría.

Hacia 1885, el entonces diario oficialista *La Palabra* para referirse a la *Nueva Ciudad* expresa sin ambages que se trata de: “*Mendoza, en la parte*

15 Nicolás Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea* (Buenos Aires: Emecé, 1995) 156.

16 Shumway 158.

más civilizada...” mientras que la *Vieja Ciudad* se explicaría “en su parte más primitiva por las condiciones atávicas intelectuales – los frailes – o de raza – la población indígena o primitivas, ha quedado sobre sus ruinas.” [La Palabra, 17/4/1885]

## VI. La mirada del otro puesta en el “viajero”

*Mendoza est à coup sûr la ville la plus pittoresque de l'Argentine.*<sup>17</sup>

En la comunicación de las representaciones sobre la sociedad mendocina en la época en estudio, el discurso es organizado a partir de un destinatario supuesto que es *el viajero*. La mirada que legitima la representación no es la del ciudadano local, el nativo, sino que *el otro* es siempre *un foráneo*. Éste no sólo es un extranjero o un forastero cualquiera, pertenece claramente a un determinado nivel social y detenta un determinado prestigio. Se le asigna el rol de *experto*. Sarmiento había reivindicado la función del *intelectual-viajero* como el indicador del *buen camino* hacia la modernidad.<sup>18</sup> Para la representación dominante de la elite oligárquica mendocina, la construcción de la imagen legitimada y avalada por estos extranjeros era fundamental en el armado de su política inmigratoria. Hay otra percepción que también existe pero que no interesa. Es la que se gesta en aquellos otros extranjeros, inmigrantes pobres, que en este tiempo arribaban por miles a Mendoza, en búsqueda de mejores oportunidades de trabajo y que solían encontrarse con condiciones de vida y laborales bien diferentes y mucho peores que las imaginadas.

Probablemente, Mendoza se ha sentido desde el comienzo de su existencia en el siglo XVI cuando se calificaban estas comarcas como “*tierras pobres y aisladas*”, como un lugar muy alejado de todo. Este todo serían Buenos Aires, la capital de la República, a mil cien kilómetros o la vecina capital chilena, Santiago, a cuatrocientos y el viejo mundo a catorce mil kilómetros. Un viajero hacia 1908, vuelve a confirmar en una opinión, aquella arraigada impresión mendocina de *estar... ¡tan lejos!* Después de conocer la ciudad y sus modos de vivir afirma que: “*le queda como conclu-*

*sión inevitable que esta lejana ciudad del oeste es más agradable que muchos otros lugares que ha visto*”.<sup>19</sup>

Lo que llama la atención de los extranjeros que conocen la Mendoza de fines del siglo XIX y comienzos del XX y que ha quedado registrado en sus crónicas de viajes<sup>20</sup> es: desde el punto de vista de las comunicaciones, el hecho de ser un enclave ferroviario ya que, a partir de Mendoza, cambia la trocha del ferrocarril para subir la cordillera y llegar hasta Valparaíso, el gran puerto chileno del Pacífico; ser el centro de una región sumamente fértil; el advertir rápidamente que para entender a la ciudad hay que comprender primero la red hídrica que le da sustento a la posibilidad del establecimiento humano en una región que, si no lo tuviera, sería un desierto; la red de irrigación agrícola y urbana que se remonta a la época de la dominación Incaica y el ajustado sistema de administración del agua, como recurso escaso; la escala del sistema de riego que aparece al ojo del viajero como un sistema liliputiense de diques y canales que impresiona como un juego de niños; la sensación de frescura que produce el discurrir del agua por las acequias en las calles del centro; los miles de árboles que hay en la ciudad y la cantidad de hojas que caen de los mismos; la vegetación que esconde sus casas y la verdura de los alrededores; sus calles anchas y agradables y los túneles de sombra que produce el arbolado urbano; sus álamos, sus plazas y sobre todo, el *Parque del Oeste*; las acequias urbanas revestidas con cantos rodados, que actúan, de alguna manera, impermeabilizando las mismas para evitar la infiltración del agua en su recorrido; el polvo que hay por todas partes y el ingenioso recurso de regar las calles para aplacar el polvo en suspensión y refrescar el ambiente; las cuadrillas de jóvenes que, a mano, riegan las calles con la ayuda de baldes; su clima agradable y templado; sus malos hoteles; la red de tranvías que existe pero no funciona (por el boicot que le han hecho los cocheros de tracción a sangre); las casas de un solo piso y el material de construcción de las viviendas y edificios hechos en *adobe*; los viñedos que serían “*la verdadera gloria*” de Mendoza y la existencia de “*parrales*” en las casas y en el campo.

<sup>17</sup> W. H. Koebel, *L'Argentine Moderne* (París: Pierre Roger Éditeurs, 1908).

<sup>18</sup> Ramos 108.

<sup>19</sup> Koebel 170.

<sup>20</sup> Koebel 168.

La elite mendocina, se había caracterizado por su disponibilidad con el extranjero calificado. Así, advertía un viajero francés, Léon Palière hacia 1858 que: “Debo, sin embargo, declarar que las gentes tienen reputación de ser muy afables y los extranjeros, que en pequeño número residen desde hace tiempo en esta ciudad, no pueden hablar mejor...”<sup>21</sup> Los extranjeros que arribaban a la ciudad llegaban provistos de recomendaciones para determinadas familias para hospedarse o para que se les facilitaran comodidades. Los miembros de las familias dirigentes se sentían halagados por el hecho de ser visitados y esperaban/esperan con ansiedad la opinión favorable del *forastero*. Confían en que éste reconociera el *valor del esfuerzo* que significaba hacer de esta región semidesértica un vergel, tarea en la que se autoasignaban un rol fundacional. Dice al respecto el Censo provincial de 1909:

*Demuéstrase entonces, que la presente opulencia agrícola de Mendoza, es la obra exclusiva, inteligente y constante del trabajo: cada planta que fructifica en este suelo o le decora, ha sido puesta por la mano del hombre y asegurada su vida con el riego artificial.*<sup>22</sup>

En este contexto cabe relativizar el juicio lapidario que hizo en 1835 Charles Darwin cuando calificó la ciudad preterremoto como de “*aspecto triste y desagradable*” aunque aclaró comprender “*muy bien que sus jardines y sus huertas parezcan admirables a cualquiera que viniendo de Buenos Aires, acabe de atravesar las monótonas pampas...*”<sup>23</sup>

El forastero calificado en su condición de comerciante, científico o artista, traía y difundía los productos culturales de las metrópolis extranjeras, las novedades de la moda, las noticias del viejo mundo, los preciados productos importados, etc. En este marco debe entenderse esta preocupación de la elite mendocina *por agradecer al viajero*. Desde este lugar, la mirada legitimadora nunca es la propia, o la del resto de la población,

sino que siempre es la que encarna el foráneo. El viajero estaría, desde esta representación, en mejores condiciones de captar lo esencial por sobre lo contingente que vería o padecería el nativo. Así las crónicas señalan y remarcan como valioso: “*lo que llama la atención de los viajeros...*”, “*lo que impresiona al viajero...*”, “*lo que asombra al viajero...*”, “*lo que pueda ofrecerse al viajero como testimonio de un pueblo progresista y entusiasta...*”, “*los frondosos carolinos, admiración del viajero...*”, “*y cuyo recuerdo conserva el viajero...*” etc., etc. Los diarios transcriben las descripciones de los viajeros, las relaciones que éstos publican en sus países de origen. Los sitios de la ciudad o su equipamiento público valen en la medida en que fueron “*tan justamente alabados por todos los viajeros...*” La oposición política recurre también a los viajeros para desacreditar determinadas medidas de gobierno las que en caso de concretarse: “*Mendoza aparecería a la vista del viajero y de los habitantes, como una toldería, una ciudad chata y oprimida...*” Por otro lado, la apología oficialista se apoya también en las presumibles percepciones foráneas para legitimar sus logros, tal es el caso de la *Ciudad Nueva* la que “*aparece a la vista del viajero surgiendo entre el verde follaje de los árboles, como una trasplatación alpina*”.

Pasado el festejo del *Centenario* del gobierno patrio (1910), Mendoza es calificada en una publicación inglesa de la época, como la “*provincia más grande, rica e importante de cuantas forman el grupo andino*” del país y a su capital como “*el jardín de la Argentina*”. La mirada externa destaca como rasgos curiosos de la ciudad los siguientes: su cielo constantemente limpio y azul, el hecho de que pasen meses sin que llueva, sus calles excepcionalmente anchas bordeadas de macizos de árboles, la existencia de acequias (que las llama zanjas) a ambos lados de las calles. Respecto del *Parque del Oeste* (actual Parque Gral. San Martín) señala que:

*Es grandísimo y goza de muchos encantos naturales. (...) hay parterres formados por macizos de rosas -hermosas flores que los mejores jardines de Inglaterra podrían apenas eclipsar- y hay muchos árboles de sombra. Al pasar sus hermosas verjas-proyectadas y construidas originalmente en Inglaterra para el Sultán de Turquía cuyo cetro aparece sobre ambas puertas*

21 Jorge Ricardo Ponte, *Mendoza, aquella ciudad de barro*. Historia de una ciudad andina, desde el siglo VI hasta nuestros días (Mendoza: Imprenta de la Municipalidad de la Ciudad de Mendoza, 1987) 148-149.

22 Francisco Latzina y Alberto B. Martínez, *Censo General de la Provincia de Mendoza XCIV* (Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910).

23 Ponte “Mendoza...” 125.



La Plaza Mayor aún en ruinas hacia 1884.

[el d. es n], y las cuales costaron \$25.000 oro al Gobierno de Mendoza...

Finalmente concluye la crónica referida al Parque destacando que: "Lo que más llama la atención en este parque es la cantidad de dinero gastado, aunque se puede decir que el resultado justifica el gasto."<sup>24</sup>

La descripción de la ciudad es minuciosa y se ajusta a lo ya conocido por otras representaciones de la misma época. Se recalca que, a medida que la importancia de la industria vitivinícola ha ido creciendo, también se ha ido desarrollando el comercio ciudadano y que "las casas de negocios e instituciones públicas están organizadas a la moderna" [el d. es n.]. Según la publicación inglesa "las autoridades locales están desplegando mucha actividad intelectual, planeando y mejorando la belleza de la ciudad".<sup>25</sup> A modo de guía turística se destaca la bondad de su clima para reponerse de convalecencias, la limitación de los hospedajes, la escasez de hoteles y la duración del viaje en ferrocarril desde Buenos Aires (23 horas).

## VII. Actitud de la sociedad mendocina frente a su propio pasado

En general, la modernidad tal como fue entendida por las clases dirigentes locales y nacionales, tuvo

<sup>24</sup> Lloyd's Greater Britain Publishing Company. *Impresiones de la República Argentina en el Siglo Veinte. Su Historia, Gente, Comercio, Industria y Riqueza*. 900 págs. (Londres: 1911) 697. Es la primera vez que aparece la referencia escrita, que será retomada posteriormente para la elaboración del mito que circula sobre el Parque, sobre el presunto destino originario de los portones para el Sultán de Turquía.

<sup>25</sup> Lloyd's Greater 698.

una actitud fundante que daba preeminencia al presente por sobre el pasado. Por ello, hay una clara intención, manifestada en los hechos, de producir una fractura con la Mendoza colonial, con la ciudad bárbara, la ciudad vieja preterremoto; la misma que, antes del terremoto, había sido vista como ciudad pequeña y aseada con un aspecto que alguien definió como "de español antiguo".<sup>26</sup>

A pesar de la negación de lo español que caracteriza al período, ciudades como Mendoza tenían ya, indudablemente, una impronta dada por los casi tres siglos de pertenencia a la corona española. Su heredad, su memoria y su propia estructura de formación habían sido gestadas por aquellos mismos a quienes ahora se menospreciaba y la influencia hispánica, se acentuaba a través de la creciente inmigración española aunque la dirigencia finisecular no lo reconozca en sus discursos. En este contexto debe leerse la reiterada intención de marcar las diferencias entre la Mendoza de la modernidad o de la civilización y aquella Mendoza "baja, chata y de paredes blancas" que refieren las crónicas coloniales y que eran, desde la perspectiva moderna, la imagen misma del atraso.

La generación liberal que encaró la organización nacional se había caracterizado desde sus inicios, por un sentimiento antiespañol. Por ello, si la ciudad colonial había sido blanca, la nueva ciudad posterremoto deberá ser colorida, "a la italiana". Aunque este argumento nunca aparece como algo expreso, con este espíritu el entonces Presidente Municipal [intendente] Luis Lagomaggiore dictó en 1888 una ordenanza (luego reconfirmada su vigencia en 1902 y en 1927) respecto de la prohibición de pintar de blanco los edificios. Mediante esta norma se formalizó la prohibición del uso del color blanco en los frentes de los edificios, debiendo ser siempre de color, en tintes atenuados, exceptuando las "cornisas, columnas y otras ornamentaciones arquitectónicas" las que debían pintarse de blanco y se anunció la multa de su trasgresión.

Hacia 1910, con la celebración del Centenario de Mayo comienza a vislumbrarse una revalorización de la herencia española y de todo aquello

<sup>26</sup> Frederich Gestaecker, estudioso alemán que recorrió estas tierras en tránsito hacia Chile, 1849.

que tuviera que ver con la, a partir de ahora, Madre Patria, y se verifica un nacionalismo cultural creciente que tendía a oponerse al positivismo pro-europeo de las elites dirigentes en general adscritas a los modelos francés, en lo cultural, e inglés, en lo económico. Por ello, se dispuso que se pintaran de blanco los edificios y que las “fachadas debían ser pintadas anualmente”. De todas maneras, la prohibición de pintar de blanco los edificios se reconfirmó en 1927 y perduró hasta mediados del siglo XX.



Vereda, acequia y árbol. Trilogía de la representación tradicional mendocina.

### VIII. Perdurabilidad de una representación social de la ciudad

Para conocer las distintas representaciones en juego, tanto fueran de los sectores dominantes como de los sectores subalternos, hubiera sido deseable contar con medios periodísticos procedentes de ambas vertientes; pero ello no siempre ha sido posible porque sólo han perdurado los testimonios de la prensa de la clase dirigente. En efecto, en el período en estudio, la prensa mendocina que hay archivada en las hemerotecas locales es toda de elite. No han perdurado diarios obreros, aunque parece que sí los hubo. La existencia de discursos alternativos: anarquistas, obreros o socialistas, ha quedado limitada a las citas o transcripciones que pueden haber hecho otros medios periodísticos. Es decir que, a partir de las fuentes disponibles, el disenso y/o asenso con las distintas representaciones sociales en pugna que se prioriza, es el de la clase dirigente mendocina.

Esta carencia puede explicarse tanto por el hecho de que los sectores populares no tenían pleno acceso a los medios de comunicación de la cultura hegemónica, porque pueden no haber alcanzado una manifestación textual o porque esta misma clase dirigente poco y nada hizo para que estas publicaciones perduraran en las hemerotecas oficiales. A pesar de ello, partimos del supuesto teórico de que es posible la reconstrucción del discurso y/o de las representaciones sociales de los sectores populares a partir del discurso y/o representación hegemónica de la elite, tanto sea de la fracción dominante como de aquella que, circunstancialmente, estaba relegada del ejercicio

directo del poder y que por ello, precisamente, contestaba también el discurso oficial.

No obstante su intencionalidad política, podemos decir que el discurso discrepante de la prensa opositora permite desarticular, de alguna manera, el discurso hegemónico de un sector de la elite dirigente mendocina, aquella que manejó el gobierno y el poder casi ininterrumpidamente en nuestro período de estudio. La perdurabilidad hasta el presente de algunas colecciones de la prensa adversaria de entonces, nos permite conocer otra representación social diferente de aquella dominante que dio nacimiento a una versión historiográfica tradicional, fruto de la representación social exitosa de la elite dominante, y a las numerosas publicaciones oficiales de la época en las que ha quedado reflejada la acrítica apología editorial del período.

Ya sea la prensa oficialista, o el que hiciera las veces de tal, o el periódico opositor, el interpelante de la reclamación no es el pueblo, quien presuntamente padece la buena o mala gestión de la elite dominante, sino que el interlocutor es la misma clase dirigente de la que forman parte, tanto los oficialistas como los ocasionales opositores. El pueblo, o al menos los sectores populares, aparecen en este esquema discursivo en una condición de minoridad cívica, a la que habría que proteger de manera paternalista y ejercer de alguna manera su representación.

Así, este cambio de representación social inducido a partir del tiempo del posterremoto (+1861) en el devenir histórico de la ciudad, se ha ido consolidando como un modelo de gestión urbana que privilegia los aspectos estéticos sobre los aspectos funcionales, sociales y urbanísticos de la urbe mendocina, asentándose en aquella representación fundacional de la ciudad que ha nacido, precisamente, luego del terremoto de mediados del siglo XIX, sin importar el color político del partido que ha gobernado la ciudad. La fórmula que se ha considerado exitosa para el sostenimiento del poder político y la creación del consenso, ha sido trabajar sobre los ejes centrales de una representación social todavía vigente. Prueba de ello es que, a fines del siglo XX, la municipalidad mendocina tenía un eslogan según el cual, Mendoza sería “la ciudad más linda del país”. Esta expresión, más allá de su impacto publicitario, tendía a expresar la representación social de una ciudad que se “tiene por linda”.

Desde el ámbito oficial, municipal o privado, todos colaboran en el sostenimiento de esta representación social. Obsérvese que se dice ciudad *linda* y no ciudad *hermosa*. Este último calificativo tendería a expresar una perfección o calidad, por ejemplo, de la arquitectura urbana o monumental, de la que Mendoza carece de demasiados ejemplos. Sin embargo, el apelativo de *linda*, es más tolerante que *hermosa*, con una ciudad con más *ambiente* que *calidad* arquitectónica.

Los intendentes municipales asientan su estrategia electoral local en la consigna de que hay que “embellecer la ciudad”. Atentos a ello se remodelan paseos y plazas, y la calidad del equipamiento paisajístico es de un alto nivel de mantenimiento. La acción municipal de gobierno tiene dos ejes centrales: la estética urbana y la limpieza. Por todo ello, nos ha parecido útil rescatar el estudio y el análisis del período en que este modelo fue creado, por la pertinaz vigencia que el mismo ha tenido. A pesar de que la elite oligárquica que lo generó ya no gobierne, ni la provincia ni la ciudad, y ya no estén en el poder efectivo, se siguen sus consignas como mandato.

Mientras no cambie la representación social que le dio sustento, la concepción de la ciudad *hermosa*, las alternativas no saldrán nunca del camino

del eterno retorno. Para evitarlo será preciso desmontar algunas representaciones sociales del presente, inquiriendo en el pasado, el origen de esta “natural” manera mendocina de percibir lo urbano.

## Bibliografía

### Fuentes primarias

- Archivo General de la provincia de Mendoza. A. Mza.
- Archivo Diario *El Debate*
- Archivo Diario *El Porvenir*
- Archivo Diario *Los Andes*

### Fuentes secundarias

- Abric, Jean-Claude. *Pratiques sociales et représentations*. París: Presses Universitaires de France, 1994.
- Amossy, Ruth. *Les idées reçues. Sémiologie du stéréotype*. París: Nathan, 1992.
- Barbaresi, Carlo et al. “Argentina: arquitectura y mitos sociales. Latinoamérica: utopías y mitos”. *Revista SUMARIOS*. Buenos Aires, (abril- mayo 1986).
- Bialet Massé, Juan. *Informe sobre el estado de la clase obrera*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1985.
- Burke, Peter. *Formas de historia cultural. Historia y Geografía*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- Correas, Edmundo. “Mendoza vista a través de viajeros”. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Segunda Época, Tomo 2, 7 (1972): 563.
- Gardner, Lindzey y Elliot Aronson, eds. *The Handbook of Social Psychology*. Vol.5, Reading MA: Addison-Wesley Publishing Company, 1969.
- Guarda, Gabriel. *Historia Urbana del Reyno de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1978.
- Herzlich, Claudine. *Santé et Maladie. Analyse d'une représentation sociale*. París: Mouton & Co., 1969.
- Hudson, Damián. “Apuntes cronológicos para servir a la historia de la Antigua Provincia de Cuyo”. *R.J.E.H.M.*, Tomo X, 1938.
- Jodelet, Denise. *Les Représentations Sociales*. París: Presses Universitaires de France, 1989.

- Koebel, W. H. *L'Argentine Moderne*. París: Pierre Roger Éditeurs, 1908.
- Latzina, Francisco y Alberto B. Martínez. *Censo General de la Provincia de Mendoza*. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910.
- Lloyd's Greater Britain Publishing Company. *Impresiones de la República Argentina en el Siglo Veinte. Su Historia, Gente, Comercio, Industria y Riqueza*. 900 págs. Londres: 1911.
- Lorenzano, César. *La estructura psicosocial del arte*. México: Siglo XXI, 1982.
- Massini Calderón, José Luis. *Mendoza hace cien años*. Mendoza: Ediciones Teoría, 1967.
- Moscovici, S. "Des représentations collectives aux représentations sociales". *Les représentations sociales*. Ed. D. Jodelet. París: Presses Universitaires de France, 1989.
- Ponte, Jorge Ricardo. *La fragilidad de la memoria. Representaciones, prensa y poder de una ciudad latinoamericana en tiempos del modernismo. Mendoza [1885-1910]*. 456 págs. Mendoza: Ediciones de la Fundación CRICYT, 2000.
- Ponte, Jorge Ricardo. *Mendoza, aquella ciudad de barro. Historia de una ciudad andina, desde el siglo XVI hasta nuestros días*. Mendoza: Imprenta de la Municipalidad de la Ciudad de Mendoza, 590 págs, 1987.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Reszler, André. *Mitos políticos modernos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Sarmiento, Domingo F. "Los temblores de Chile (1851)". *Obras Completas*. Buenos Aires: 1900.
- Semorile, Adolfo et al. *Historia de la medicina de Mendoza*, Tomo 1. Mendoza: Edición del autor, 1987.
- Shumway, Nicolás. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé, 1995.

■ Fecha de recepción: febrero 18 de 2007

■ Fecha de aprobación: mayo 29 de 2007